



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LOS DESEOS

“La esencia del hombre es el deseo”, dijo hace siglos un gran filósofo, Baruch Spinoza. ¿No exageró? Parece que lo que nos define es la capacidad de pensar, de razonar, de anticipar cosas, en una palabra, lo que llamamos *inteligencia*. Es cierto, pero lo que impulsa y dirige la inteligencia es el deseo. El yogui hindú que ha conseguido eliminarlo se queda sentado concentrado en sí mismo. Una de las características de la depresión

es la desaparición de cualquier tipo de deseo. Nada queda entonces en nuestro entorno vital que nos anime a actuar o a vivir. El deseo es la conciencia de una necesidad o la anticipación de un premio. Deseo comer y deseo irme al Caribe. La especie humana aparece en la historia movida por algunos deseos básicos, inagotables y constantes: explorar, conocer, crear lenguajes, pintar, hacer música, inventar religiones, sentimientos, formas de convivir. Todos los niños del mundo a los cuatro años comienzan a preguntar incansablemente. Muestran ya la inquietud innata que nos ha impulsado a buscar respuestas. Venimos programados para ello y, en ese sentido, tenía razón el viejo Spinoza. Somos una gavilla de deseos innatos, y nos pasamos la vida intentando satisfacerlos. Sobre ellos, claro está, se superponen los deseos adquiridos, los que la cultura, la sociedad, los sistemas publicitarios suscitan en nosotros.

Cuando cumplimos un deseo, alcanzamos la satisfacción. Pero cuando conseguimos satisfacer tres deseos al tiempo, conseguimos la felicidad. ¿No estaré yo también exagerando? La felicidad parece algo excesivamente grande, excesivamente vago, excesivamente irreal para poder dar una fórmula. Aun así, voy a arriesgarme. Esos deseos irrenunciables son el bienestar, la vinculación afectiva y el poder. Necesitamos el placer, la comodidad, la seguridad. Necesitamos querer y que nos quieran. Necesitamos crear, progresar, sentirnos capaces. Satisfacer al mismo tiempo estos tres deseos –aun contando con la suerte de cara– es difícil, porque en cierta manera se oponen. Para crear algo o para aumentar la propia capacidad,

SABER GESTIONAR BIEN LOS DESEOS ES LA GRAN SABIDURÍA, COMO YA SUPIERON LOS VIEJOS GRIEGOS

hay que prescindir de alguna comodidad. Bailar bien es maravilloso, pero exige entrenarse, que ya no es tan maravilloso. Mantener una relación amorosa es, sin duda, espléndido, pero a veces exige perder algo de comodidad, porque el amor tiene sus deberes. Es posible que, movidos por un cierto escepticismo, nos estemos refugiando en

el bienestar como única esperanza de felicidad. Nos estamos intoxicando de comodidad. O, por lo menos, estamos intoxicando de comodidad a nuestros jóvenes, que luego protestan cuando les exigimos algo. En el fondo, creo que nos consideramos más miserables de lo que somos. Todos tenemos necesidad de grandeza, de superación. Estamos llamados a una vida placentera, sin duda, pero también a una vida noble. Somos egoístas, pero también somos generosos. Y esto no es una prédica intempestiva, sino la lección que nos proporciona el análisis de nuestros deseos. Saber gestionarlos bien es la gran sabiduría, como ya supieron los viejos griegos. Por eso, Aristóteles fue más perspicaz que Spinoza, pues dijo que la esencia del hombre es “el deseo inteligente” o “la inteligencia deseante”. ¡Qué sabio era! ■



Raúl